



Capítulo 1

Seguro sabes que los monos viven en la selva, entre los árboles, saltando de rama en rama, en grupos y comiendo fruta. Sí, pues, así han vivido durante miles de años los monos de la selva amazónica. Así, libre y contento, vivía Chabelo, un mono tití, antes de que le ocurriera lo que te voy a contar.

Era aún pequeño cuando lo capturaron. Lo metieron en una bolsa oscura en la que vio todo negro y sintió un miedo intenso.

Lo alejaron de sus hermanos y de su mamá, esa mona grande que para Chabelo era la mona más linda y buena del mundo, porque lo dejaba colgarse de su cuello y le enseñaba cosas de mono.

De repente, los días para Chabelo se tornaron difíciles; todo era raro y asustaba. No entendía por qué lo llevaban amarrado: primero en balsa, luego en camión y, al final, en bus a Lima.

Ya en la ciudad, Chabelo terminó en una jaula, arrimado al costado de muchos otros animales silvestres capturados, en un puesto dentro de un mercado.

Chabelo estaba muy triste y desorientado. Allí no había árboles, allí no veía el río.

Solo carros ruidosos, gente que gritaba, basura tirada.



Algunas personas se acercaban a la jaula y le sonreían; otras, le arrojaban cáscaras de mandarina a la cabeza.

Chabelo escuchaba que distintas personas le preguntaban al dueño del puesto de mascotas (y ahora dueño de Chabelo):

—¿A cuánto el monito?

—¿Es manso?

—¿Muerde?

—¿Es de la selva, no?

Pasaban los días y nada... Chabelo crecía recostado en su jaula, sin ganas de jugar, cada vez más triste y más solo.

La soledad que sentía hizo que se le empezasen a caer poco a poco todos los pelos del cuerpo.

—¡Ja, ja, ja, mira ese mono! ¡Qué feo con los pelos parados!

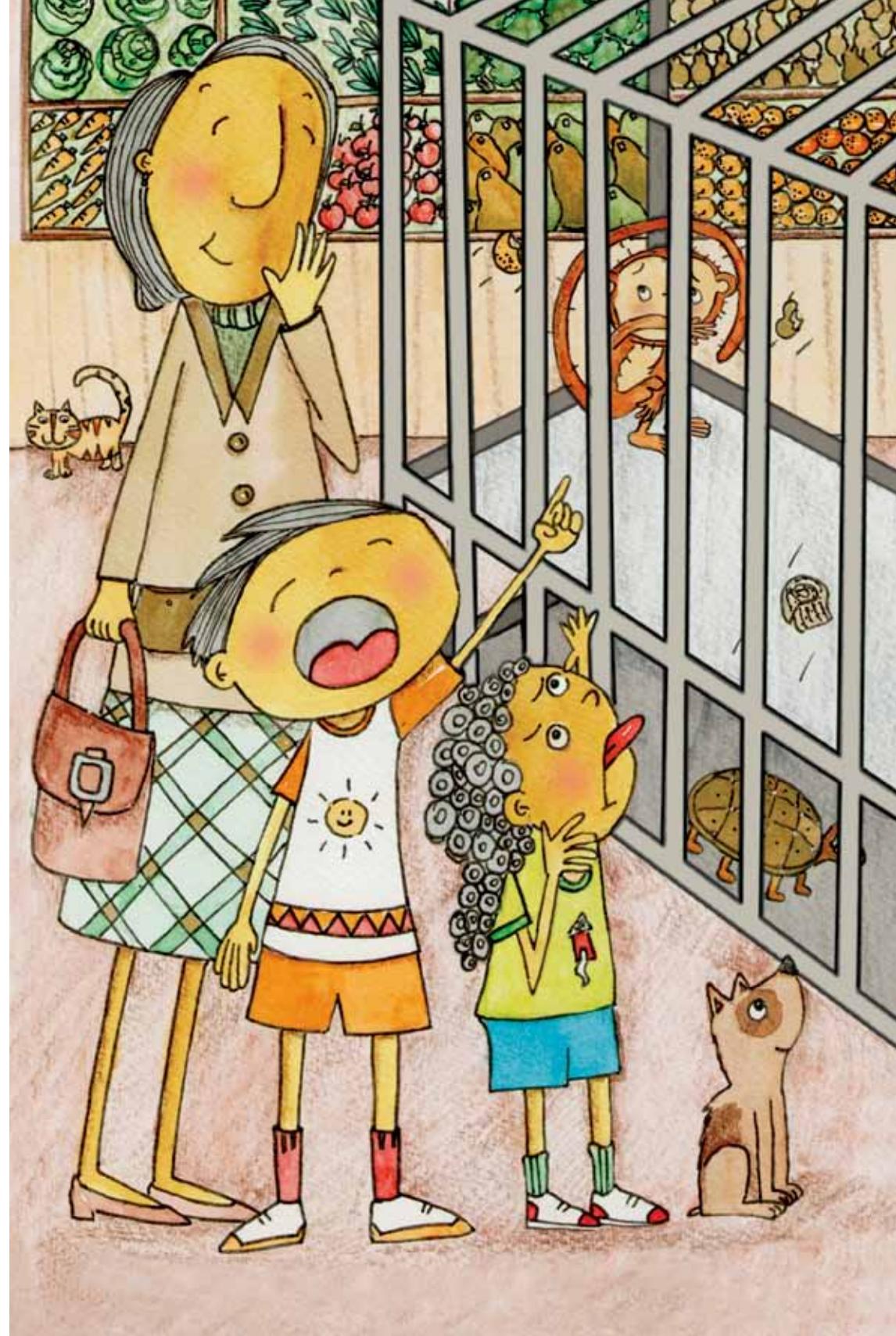
Otros decían:

—¡Qué mono tan flaco y pelado!

El dueño estaba furioso y regañaba en voz alta:

—¡Maldición, qué mala suerte! Este mono es un hueso, nadie lo compra y ya está creciendo... A la gente no le gusta, porque no tiene pelos y por esa cara de asustado...

Nadie sabía que se llamaba Chabelo. Primero lo llamaban «el monito», pero luego de un tiempo le decían «mono pelado» o «mono feo».





Un día apareció por el puesto un hombre bajo, acompañado de una mujer con cara de amargada, que estaba interesado en comprar a Chabelo.

A nuestro amigo aquellas personas no le causaron buena impresión:

«Ojalá no me compren, ojalá no me compren», pensaba Chabelo, cruzando los dedos.

Pero el dueño del puesto estaba realmente desesperado por deshacerse de él, así que les dijo:

—Miren, señores, si me lo compran ahorita, se lo remato con jaula y todo...

«¡Oh, no! Esto no puede ser peor», pensó Chabelo cuando vio que cerraban el trato y el dueño del puesto murmuraba entre dientes: «¡Por fin, por fin!».